

Las chineas y las fallas

ARQUITECTURA PARA QUEMAR.

Me gustas cuando callas...

(NERUDA.)

LAS CHINEAS

Eran arquitecturas del siglo XVII, hechas por arquitectos del mismo siglo.

Las plantaban en Roma, por San Pedro y San Pablo. En las calles se alzaban. Y también en las plazas y en los jardines. Eran, por unos días, unas piezas de Roma y guardaban con Roma el aire de su tiempo. Eran arquitecturas como recién llegadas y al filo de la marcha, pero estaban presentes en aquel mismo espacio, aunque por plazo corto. Sólo por esto tal vez los arquitectos se andaban con respeto y también se alegraban de que el pueblo las quemase al airecillo de la noche.

LAS FALLAS

En España se vienen instalando desde antiguo, junto al Mediterráneo y por San José. Pero aunque luego se queman no es precisamente por aquello de que el fuego purifica.

No son arquitecturas, sino unas como cosas muy concretas. Alusivas tal vez y de mucha actualidad—como lo de detrás de las hojas de los calendarios—. Tienen aire jocosos y, a lo mejor, dan risa.

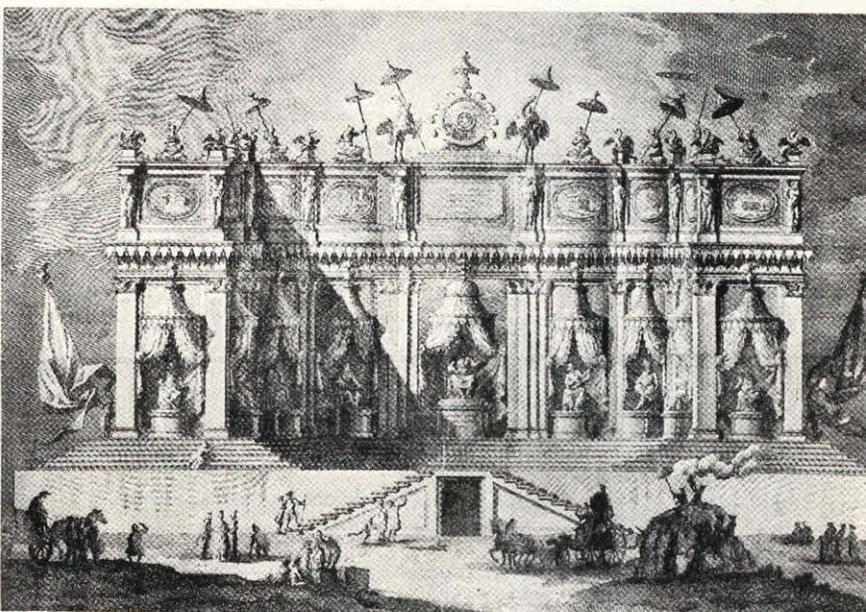
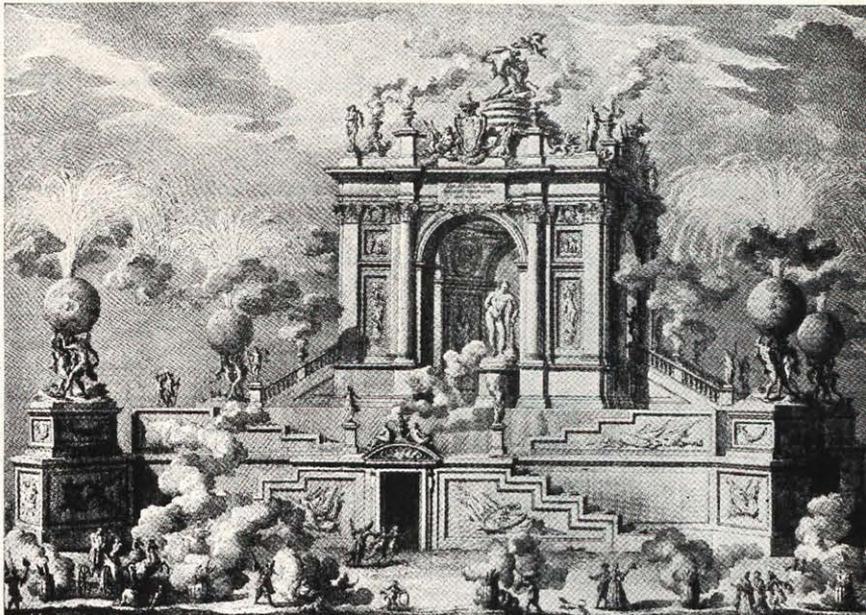
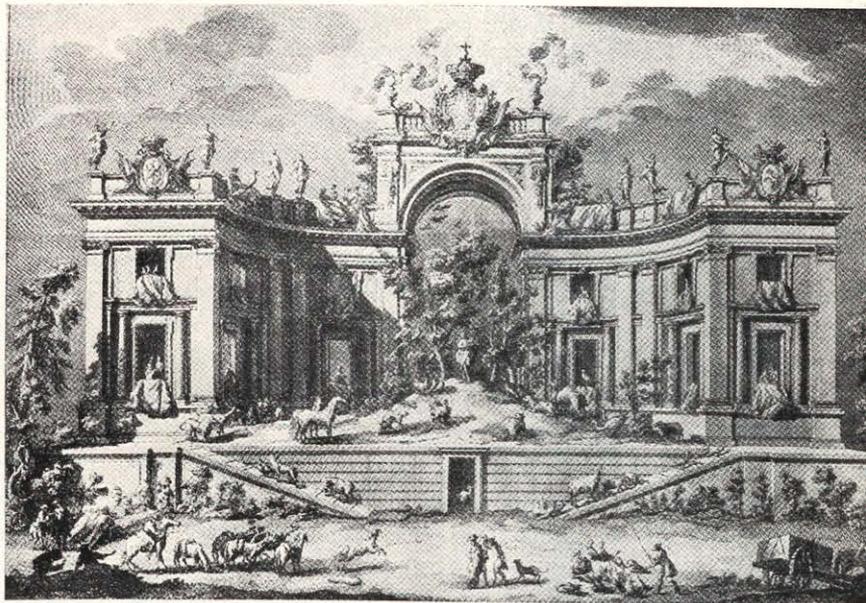
No se suelen quemar privadamente.

Año por año algunas se perdonan—las mejores—y se va rellenando pieza a pieza un gracioso museo.

F. I.

La presentación de la China era un secular homenaje al Papa en satisfacción del Censo o tributo por la investidura del Reino por parte de los Reyes de Nápoles.

El nombre de China se aplicó a caballos de razas diversas. Esteban Borgia, en su *Breve historia del dominio temporal de la Sede Apostólica en las Dos Sicilias*, Roma, 1788 y 1789, y *En Defensa del Dominio Temporal de la Sede Apostólica en las Dos Sicilias*, en respuesta a los escritos publicados en contrario, Roma, 1791, define la China: "Equus albus decenter bardatus". En tiempos bastante antiguos sustituyó al caballo blanco una yegua de igual color, después una mula. Y dice Borgia: "Este caballo, en la fórmula que hoy se hace en la presentación del Censo, llámase China y quiere con esta voz indicarse "caballo hermoso de andar suave, llamado por los latinos "Equus gradarios". Los caballos de Asturias, asturcones, llamados por escritores italianos "gianetti" y "chinee". También Ubino indica lo mismo de Chi-



nea; de aquí viene el que la función de presentación del Censo se llame vulgarmente "presentación de la China".

Esta presentación tenía lugar en Roma, la Vigilia de los Santos Pedro y Pablo, con gran pompa y pública cabalgata. El antiguo y mencionado pacto de investidura requería que el Rey debía presentarla en persona al Pontífice, el cual, sin embargo, consentía alguna vez que alguien ostentara la representación del soberano. Duques y príncipes de las tierras de Sicilia, investidos por los Pontífices hasta el siglo x, presentaban la ofrenda. Pero más tarde Clemente IV puntualizó de manera precisa las reglas de la investidura con la presentación al Pontífice de 8.000 onzas de oro cada año y el caballo blanco cada trienio, "ubicumque romanus pontifex fuerit".

Pablo II, el año 1470, rechazó del rey Fernando la China y pidió en su lugar 60.000 escudos. Sixto IV en 1472 declaró a este rey libre de ese tributo y se contentó con la China, pero exigiendo que defendiese las playas de los Estados Pontificios de los corsarios, y diesen ayuda a las armas de la Santa Sede. El regalo exclusivamente de la China, establecido el año 1475, según Novaes, en vida de Sixto IV, no duró mucho tiempo; de nuevo a la China se añadió dinero. En 1504 se ofrecen dos chineas a Julio II. Este mismo Papa, en la investidura concedida a Fernando el Católico, confirmó las condiciones ordenadas por Clemente IV, que, traducidas, vienen a decir: "Los mismos herederos (de Fernando el Católico) deberán presentar a nosotros y a cada uno de nuestros sucesores y de renovarlos de año en año si el Pontífice está en Italia en el plazo de seis meses, tanto el referido regalo como el susodicho juramento. Será, pues, a beneplácito y voluntad del Soberano Pontífice y de la Iglesia llamar al Rey Fernando y a sus herederos y sucesores a prestar juramento de fidelidad y el referido homenaje al mismo tiempo que para este fin conceda el salvoconducto y nombre a un cardenal de la Iglesia Romana para que en nombre del Romano Pontífice pueda recibir en la misma forma el antedicho juramento, así como el referido homenaje."

Se mantuvieron las disposiciones de Clemente IV acerca del día de la presentación y aumentaban las exigencias por lo que hace al esplendor de la ceremonia, debiéndose presentar el don a la persona misma del Pontífice.

Ocho mil onzas de oro fué el Censo impuesto por Julio II cada año, más una china cada trienio.

Pero el Rey Fernando fué liberado del pesado Censo por la fidelidad a la Santa Sede y en atención a los grandes gastos mantenidos con motivo de la guerra contra los moros en España.

León X redujo el Censo de 8.000 onzas de oro, pero mantuvo en pie el regalo del caballo blanco a la persona misma del Pontífice hecha con gran pompa. A principios del año 1700, con la muerte de Carlos II, comenzó una dura lucha entre España y Austria para la posesión de las Dos Sicilias. Las dos cortes con gran insistencia piden a la Santa Sede la investidura. Las dos ofrecen el Censo. Madrid la presenta al Tribunal de la Cámara Apostólica en la Vigilia de la Fiesta de San Pedro. Roma rechaza declarando a las partes contendientes en

forma solemne que la no presentación del Censo no prejuzgaba el derecho de la Santa Sede. En el año 1722 Inocencio III da la investidura a Carlos IV de Austria y quiere que sea pagada *solitatis solemnitate*. El año 1776 se producen luchas por la precedencia en el ceremonial de la China entre los gentilhombres del gobernador de Roma, del Ministro de España y del Condestable Colonna, embajador del Rey Fernando IV.

El Ministerio napolitano advierte por orden del Rey a la Corte de Roma que para evitar desórdenes no hará nunca más de forma pública la ceremonia de la presentación y que entregará la suma como devota limosna a los Santos Pedro y Pablo. El año 1777 el Condestable Colonna, al presentar la china, modifica de forma inesperada la fórmula, diciendo que presentaba la oferta como expresión de devoción de su Soberano hacia los apóstoles Pedro y Pablo. Pero el Pontífice, sin turbarse por el inesperado cambio, repuso: "Nosotros aceptamos esta China en señal de vasallaje de los dos reinos de la parte de aquí y de allá del faro." En los años siguientes el Condestable, por voluntad de Carlos III de España, volvió a hacer la fórmula de costumbre. Pero en el año 1778 el Gobierno de las Dos Sicilias decidió no volver a hacer más la presentación de la China. El Pontífice protestó airadamente. La protesta fué repetida solemnemente año por año en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo.

La ceremonia de la presentación de la China se desarrollaba, como escribe Moroni, de la siguiente manera: "El embajador extraordinario nombrado por el Rey de las Dos Sicilias para presentar el tributo de la China, recibía en su propio palacio el homenaje de los gentilhombres, de los cardenales, embajadores, príncipes y de la nobleza, súbdita o feudataria a la corona de Sicilia, a los que hacía servir espléndidos refrescos y luego iniciaba la cabalgata hacia la Basílica Vaticana, o bien a la Iglesia de Santa María del Popolo, donde alguna vez fué presentada la China, con la consiguiente pompa de ordenanza.

Detrás de los tambores de la guardia del Capitolio venían las trompas del embajador y la Compañía de Caballeros del Papa, seguida por sus capitanes, flanqueados por sus propios pajes a caballo o por los maceros a pie con librea de gala. Luego cabalgaba el capitán de los suizos entre sus tambores y le seguía el embajador en traje de paño de oro, rodeado por la guardia suiza con doce pajes, seis camareros y otros tantos lacayos, más un gran número de servidores seguidos por el caballero y muchos lanceros a pie. Detrás caminaba la mula blanca o china, conducida por los palafreneros del propio embajador, rodeada por otros suizos, cerrando la cabalgata los prelados nacionales sobre mulas enjaezadas, rodeados de sus propios familiares, y, finalmente, cuatro troncos de seis caballos que arrastraban otras tantas soberbias carrozas, más otras ocho carrozas de respeto.

Al pasar la cabalgata frente a la fortaleza de Santángelo era saludada por algunas salvas de cañones, y al llegar a la Basílica Vaticana se hacían especiales festejos. Terminada la presentación de la China, el embajador, en lugar de regresar a

caballo, subía a su carroza más lujosa en compañía de tres prelados y regresaba a su Palacio, en el cual, por la tarde, y en los siguientes, daba grandes recepciones con cuantiosas demostraciones de alegría. Entre los regocijos de la tarde en aquellos días, figuraban los fuegos de artificio, con gran riqueza de fuegos y de cohetes.

La China que se ofrecía al Pontífice, espléndidamente enjaezada, esperaba después de la función al caballero mayor del Papa, pero después de numerosos tratos entre el caballero y el embajador, éste pagaba a aquél 300 escudos y se la llevaba. El Condestable Colonna no fué siempre el que hizo las funciones de embajador extraordinario en la presentación de la China. Fernando de Torres presentó a Pío IV el homenaje en nombre de Felipe II de España en el propio palacio de Plaza Navona, que fué después propiedad de los Lancelotti y en los muros de las salas hizo pintar la gran ceremonia. El año 1687 presentó la China el duque Federico Sforza Cesarini y en 1734 fué el príncipe de Santa Cruz el que hizo la presentación. Después de esta fecha, fué siempre un Colonna el que presentó la China."

A los mejores arquitectos de cada tiempo se confiaron los proyectos para las grandiosas máquinas pirotécnicas que eran juntamente con los fuegos del Castillo de Santángelo y otras diversiones un número interesantísimo en el programa fastuoso de la presentación de la China. Los temas que a estos arquitectos se les daban eran de los más variados, sacados de la mitología y de la historia; eran representaciones de célebres arquitecturas o en otros casos para ser construídos en madera, cartón y pintura las efímeras construcciones. Se les proponía villas deliciosas o pabellones o palacios o puentes.

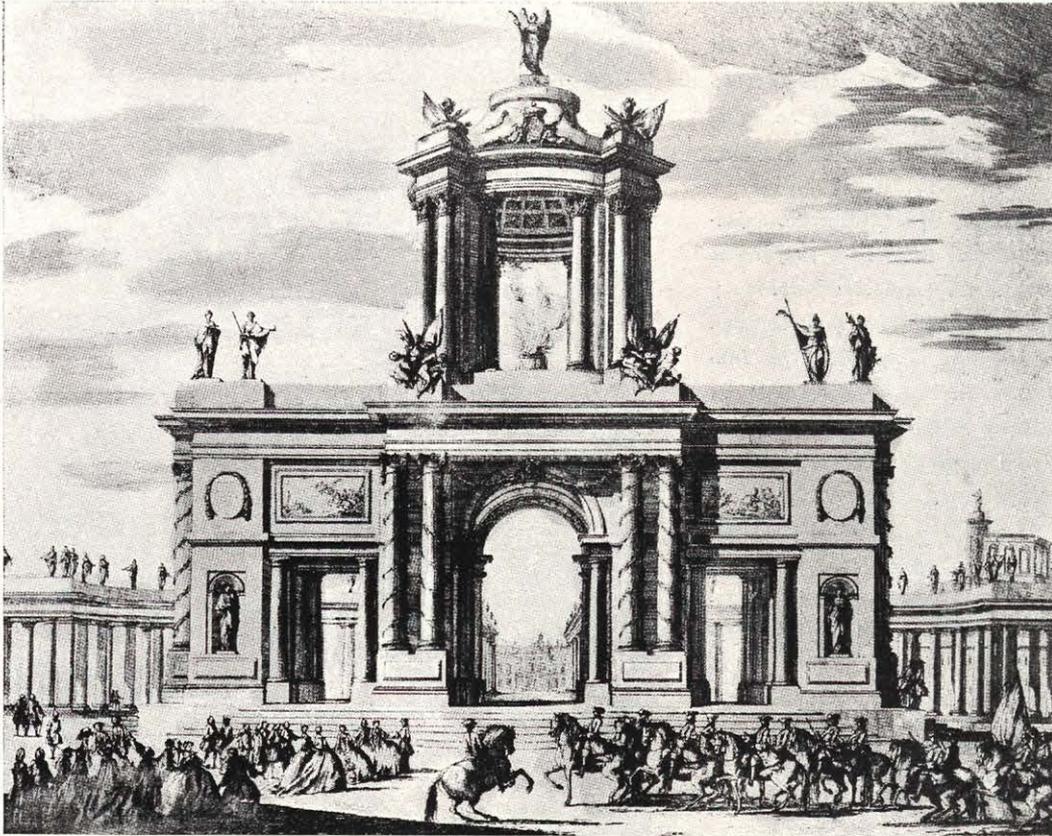
Junto a las máquinas que se levantaban en distintos sitios



Disegno della Prima. Macchina rappresentante un Tempio eretto da Numa Pompilio a Giove presso i Gentili. L'opera fu accendata per comando di Sua Eccellenza il Sig. Principe DON FILIPPO COLONNA Gran Contestabile Reame di Napoli, come Ambasciatore straordinario di SUA MAESTA il RE delle due Sicilie, in congiuntura della China presentata alla SANTITA di N. C. PAPA PIOVA nella Vigilia de Gloriosi Santi Apostoli PIETRO e PAOLO l'anno MDCCCLXXX.

Dibujo de una China "grandiosa fábrica pirotécnica" del siglo XVII. Fotografías de tres Fallas levantadas este año en Valencia.





de Roma se le unía muchas veces una perspectiva, gran lienzo pintado, en el cual se simulaba con genial composición un auténtico cuadro que explicaba, ya sea un episodio mitológico o cualquier otra alegoría que aclarara el concepto de la arquitectura de la máquina vecina.

La serie verdaderamente genial de estas arquitecturas, que fueron traducidas más o menos bien con madera, estuco y pintura, forman un complejo de obra que constituye un capítulo interesante para la historia de la espléndida arquitectura barroca italiana.

